

*Los conventillos de Valparaíso en el imaginario colectivo **

*M^a Ximena Urbina Carrasco ***

1. Introducción:

El conventillo porteño, como vivienda colectiva, popular y urbana, fue una *realidad material* que ocupó un lugar en la trama de la ciudad como un tipo peculiar de habitación surgida de la confluencia de factores sociales, económicos y culturales, siendo su característica la improvisación ante la demanda de un lugar donde habitar y la escasa oferta de suelo donde edificar. Fue un fenómeno urbano, propio de las grandes ciudades del período 1880-1920, en el contexto de la *Cuestión Social*, cuando los centros urbanos como Santiago y Valparaíso actuaron cual imanes que atraieron migrantes desde el campo, de centros mineros y desde las ciudades menores tras oportunidades de trabajo, cuyo resultado fue generalmente su marginalidad. Es también una realidad social, porque el conventillo *consistía en un espacio de sociabilidad* que se creaba y reeditaba en cada uno de ellos. Como todo lugar en el que se cohabita, se generaron relaciones sociales que se intensificaron en el caso de estas viviendas colectivas, porque allí la concentración de población era mucha y el espacio, poco. La pobreza material, la falta de espacio a causa de las condiciones que imponía la topografía de Valparaíso y la precariedad de la vida impulsaron a que las relaciones sociales se hicieran más estrechas, complejas y diversas, y los lazos de solidaridad fueran más determinantes para, no sólo la convivencia, sino que la sobrevivencia.

Una tercera forma de existencia de los conventillos porteños fue (y sigue siendo) la “mental”, o imagen que de ellos se tenía. En otras palabras, la represen-

* Este artículo es parte de un capítulo de nuestra tesis presentada para obtener el grado de magister en Historia por la Universidad Católica de Valparaíso, titulada *Los conventillos de Valparaíso, 1880-1920. Tipología, sociabilidad e imagen*. Agradecemos a CONICYT y a la Dirección General de Investigación.

** Universidad Católica de Valparaíso.

tación o idea del conventillo, estuvo asociada a barrios degradados, y estos sectores urbanos fueron creadores de una imagen, más generalizada aún que el hecho físico del conventillo.

2. Algunas cifras de conventillos y su presencia en la trama urbana:

El censo general de 1885 contabilizó 10.805 casas, 9.828 cuartos y 616 ranchos, arrojando un total de 21.249 viviendas en el Departamento de Valparaíso. El promedio era de 5 individuos por habitación, y era posible ver conventillos desde 7 hasta 200 habitaciones que albergaban desde 20 a 500 personas, como era el caso del llamado "La Troya"¹. El mismo año, el Intendente de la ciudad estimaba que 2/3 partes de la población vivía en los cerros, en "verdaderos tabucos", o "en los 430 conventillos que existen en la ciudad, en donde viven 16.000 individuos en piezas estrechas, húmedas y mal ventiladas, calculándose que en cada una de esas piezas habitan 4 personas, término medio"², estimación que es coincidente con el registro censal, y aunque especifica la concentración de conventillos en los cerros, en el Almendral los había también en gran número. Sin embargo, otra cifra de 1886, un año más tarde, revela que la realidad superaba con mucho los 430 conventillos estimados el año anterior, porque sólo en la Cabrería, situado en el Barón, los inspectores de visitas domiciliarias informaron al Intendente Domingo de Toro Herrera de la revisión de "155 casas, 159 conventillos y 69 pesebreras"³. Por otra parte, el criterio de la clasificación se distendió siete años más tarde, en 1892, cuando la Intendencia mandó a levantar un catastro de conventillos constatándose la existencia de 543, compuestos de 6.426 piezas de habitación y ocupados por 17.170 personas. Según estos datos, se calculaba una densidad de casi 3 pobladores (2,67) por habitación, pero, agregaba el informe, "este resultado, ya desconsolador, se agrava por la distribución muy desigual que se nota en el número de habitantes", porque había piezas que daban alojamiento a 8, 9 y hasta 10 personas⁴. En el lapso de trece años surgieron 1.100 conventillos registrados y 37.624 personas se añadieron a las anteriores para vivir en ellos, porque en 1905 El Mercurio de Valparaíso publicaba la cifra de 1.619 conventillos para ese año, donde habitaban 54.794 personas en 18.314 piezas⁵. Esto significaba 3 moradores por pieza.

Una clasificación según el número de piezas de conventillo entre 1900 y 1920,

-
- 1 Archivo Intendencia de Valparaíso (AIV), Archivo Nacional (AN). Vol. 544. Censo General de 1885. Los promedios son citados en: Rubio, Graciela. "Modernización y conflicto social. Formas de acción popular: Valparaíso: 1880-1918". Tesis presentada para la obtención del grado de Magíster en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 1993.
 - 2 Acta de la Sesión del 1º de septiembre de 1884, de la Ilustre Municipalidad de Valparaíso. Documentos Municipales y Administrativos de Valparaíso. Tomo VI (1º de enero de 1883 al 4 de mayo de 1885). Valparaíso, Imprenta de la Patria, 1885. Pág. 570.
 - 3 La Patria. Valparaíso, 23 de agosto de 1886.
 - 4 La Unión. Valparaíso, 30 de agosto de 1892. Proyecto de Ordenanza sobre construcción de habitaciones para obreros por parte de particulares, impulsado por el intendente O. Rengifo y el alcalde Enrique Fisher, del 29 de agosto de 1892.
 - 5 El Mercurio. Valparaíso, 13 de febrero de 1905.

realizada por Sandra Poblete⁶, nos ilustra sobre su tamaño.

Clasificación de Piezas de Conventillo según su número

Piezas	Porcentaje
2 a 10	51,18% (65 casos)
10 a 20	29,20% (38 casos)
20 o más	18,90% (24 casos)

Asimismo, un informe del Consejo Departamental de Habitaciones Obreras de Valparaíso de 1919, viene a confirmar el cuadro citado, declarando que “el tipo corriente de habitaciones obreras puede calificarse así: 35% de conventillos de menos de tres piezas, 43% de conventillos de tres a diez piezas, y el resto de 5% es sólo de conventillos de más de veinte piezas”⁷. Estrechez y sobrepoblación, convivencia de personas y animales, pobreza y desaseo, son aspectos generalmente asociados a la idea de conventillo y demostrativos de la calidad de vida de los residentes.

Los conventillos se distribuían en las quebradas de los cerros, o “subidas” y en áreas periféricas o vías de acceso a la ciudad, como el barrio de Santa Elena en el estero de las Delicias o el camino hacia Quillota, también en la zona del mismo estero. Pero también los había en los barrios habitados por la elite chilena y extranjera, como en los cerros Alegre y Concepción, en cuyos márgenes había algunos conventillos miserables. Los había ruinosos en barrios de “gente de buen vivir”, como el situado en Av. Francia con San Ignacio, de 20 piezas y 80 personas, “al lado de las casas de familias respetables, al lado de las monjas francesas de Lourdes”⁸, como en casi todo el Almendral, donde los hermosos edificios compartían solares con pobres casuchas y conventillos. La importante calle Victoria, por ejemplo, mostraba disonancias en su alzada según reparó Albert Davin en 1884, porque “al lado de hermosas casas hallamos ruinas de adobe, construcciones de calamina, cabañas de tablas”⁹. Pero, los sectores periféricos del pie de monte y cerros estaban formados casi sólo por ranchos y conventillos, como la Mesilla, o la “subida Calaguala... un hacinamiento de una ranchería increíble. castillos de zinc, madera y cartones que el viento gustaba desordenar cuando desataba sus corceles sobre el Puerto”¹⁰. Según consta en los datos publicados por la Oficina del Trabajo, existían

6 POBLETE NAUMANN, SANDRA, *Salubridad y vivienda de la clase laboral en Valparaíso entre 1900-1920*. Tesis presentada para la obtención del grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile. Santiago, 1988. Pág. 8. Las fuentes utilizadas por la tesista para esta clasificación son el Archivo de la Municipalidad de Valparaíso (AMV): Alcaldía, dirección de Sanidad, Intendencia y Prefectura de Policía, entre 1900 y 1920.

7 *El Mercurio*. Valparaíso, 28 de septiembre de 1919. En: POBLETE NAUMANN, SANDRA, *Salubridad y vivienda de la clase laboral en Valparaíso entre 1900-1920*. Op. Cit. Pág. 8

8 AMV. Vol. 258. Alcaldía Municipal. 19 de enero de 1911.

9 DAVIN, ALBERT, *Chile y Perú en tiempos de la Guerra del Pacífico*. Traducción y notas de Fernando Casanueva Valencia. Presentación de Leopoldo Castedo. Santiago, Editorial Planeta, 1992. Pág. 127.

10 LARRAHONA K., ALFONSO, *Cien leyendas de Valparaíso*. Ediciones Correo de la Poesía, 1986. Pág. 66.

conventillos en las 7 comisarías en que estaba dividido el Departamento de Valparaíso. Pero después de 1906 se notaban sutiles diferencias entre las distintas zonas urbanas del plan, porque el costo del arriendo variaba según el sector, variación de precios que podía alcanzar un 50%¹¹.

Nuestra intención es referirnos sólo a los conventillos más pobres, cuyas deficiencias fueron informadas por los visitantes municipales del período de nuestro estudio.

3. Imaginario de los barrios pobres

El concepto que los contemporáneos tenían de “conventillo” en Valparaíso, creó una dimensión de *representación mental*, una idea o imagen de habitación colectiva que perdura hasta hoy, y que corresponde al lugar estereotipado de morada y barrios diferenciados de la ciudad, asociado a los más extremos problemas de salubridad y de moralidad. En suma, una significación negativa. La noción “conventillo” y el adjetivo “conventillero”, fueron elaboraciones que dan cuenta de la autopercepción de los involucrados, y sobre todo, de la percepción que los otros tenían de ellos, es decir, los que no eran habitantes de los conventillos, pero que compartían los mismos espacios de la ciudad.

Estas viviendas urbano-marginales pobres y multifamiliares, existían en toda ciudad grande en tiempos de la *Cuestión Social*. En todas ellas el concepto conventillo y su contenido eran los mismos. La vida en la pobreza y en comunidad eran parecidas en todas partes, aunque la geografía modificara la construcción, porque paredes y techos variaban entre ciudades, la pileta de agua de Santiago y Antofagasta era reemplazada por la vertiente de la quebrada o la cañería en Valparaíso, y la acequia o canal en el centro del patio era propio de los conventillos de la capital, pero inexistente en el Puerto. Sin embargo, todos merecían los mismos juicios: insalubres y miserables, así como idéntico reproche a la vida inmoral y a los excesos de sus habitantes. En el imaginario nacional, los conventillos eran pequeñas “sodoma y gomorra”. En Valparaíso se los asociaba principalmente con los cerros, las quebradas, y lugares inaccesibles, a pesar de estar distribuidos por toda la ciudad, se les describía contruidos con cualquier tipo de material y generalmente identificados con la ropa tendida visible desde el plan, o por sus banderas blancas que testimoniaban cuarentena cuando las epidemias atacaban a la ciudad. En los conventillos de cerro, se creía, se originaban las pestes. En esta visión negativa se incluye también a los ranchos.

Era la percepción general —aunque no la real—, porque el imaginario siempre situó la pobreza en lo alto de Valparaíso, identificando indistintamente toda habitación ligera con la palabra conventillo. Era un modo de concebir al Puerto, porque las ciudades siempre se han percibido parceladas de ese modo, es decir, por barrios, en este caso marginales, que sugieren imágenes negativas que permanecen a lo largo del tiempo con su significado original, como ocurre con el barrio Mapocho en Santiago, cargado mentalmente de una connotación de censura, tal como antes lo fue La Chimba. En Valparaíso, los sectores altos de los cerros y las quebradas

11 *Boletín de la Oficina del Trabajo*. N° 2. Año 1. Santiago, 2° Trimestre de 1911. Informe sobre las condiciones del trabajo y la vida obrera en Valparaíso, 6 de junio de 1911.

permanecen en el imaginario como conceptos casi sinónimos de márgenes, suburbios, linderos o extramuros de la ciudad propiamente tal o “plan”. Por eso se identifica a los conventillos con los cerros, aunque el mayor número de aquellos estaba en el barrio del Almendral. Los cerros eran visibles desde el plan, por lo que sus conventillos no pasaban desapercibidos, como sí ocurría más frecuentemente en Santiago. Sólo el porteño podía tener a la vista toda la ciudad como quien mira desde abajo al anfiteatro de arriba, y en este caso, todo el paisaje urbano en altura, es decir, lo que identificaba con la pobreza y la marginalidad, o barrios de “la gente mala”, como decía Joaquín Edwards Bello.

En el imaginario porteño había una ciudad-plan y una cuasi ciudad-cerro, cada una dotada de atributos distintos y hasta opuestos. La imagen generalizada era de ciudad alta, pobre y sucia, y ciudad baja, decente y limpia. Edwards Bello da su visión de Valparaíso en el año 1865, cuando el proceso inmigratorio era aún lento y la ciudad no estaba todavía completamente sobresaturada. Dice que la “población de los cerros hace un contraste violento con la del plan o parte baja... Arriba está la plebe; abajo, las autoridades, los comerciantes, la alta sociedad. Generalmente son extranjeros los que desplazan al cerro a los antiguos y auténticos habitantes de la caleta, que en la conquista se llamó Quintil. La ola europea, triunfante, va repeliendo hasta las quebradas pobres a los residuos o sobrevivientes de changos, mulatos y mestizos. El plan es la ley de Darwin. Hacia arriba va la ola medio derrotada comiendo pescado seco y cebolla”¹². La misma visión de “separación residencial” confirmaba el diario *La Unión* en 1914, cuando “la parte plana de Valparaíso está ya totalmente ocupada, de modo que forzosamente la población tendrá que extenderse hacia los cerros”¹³. La pobreza estaba arriba. Si el pobre quería permanecer en el ámbito urbano debía encumbrarse a las alturas bajo la atenta mirada de las autoridades y la clase alta de la sociedad, que coincidían con Edwards Bello en ver en la pobreza la causa de todos los males sociales.

Refiriéndose a la ciudad de las alturas, la prensa generalizaba cuando decía que los cerros eran de conventillos, queriendo significar pobreza y habitaciones ligeras amontonadas, es decir, una zona de tugurios¹⁴. El *Mercurio* afirmaba en 1907 que “la población entera desde Portales a Playa Ancha está infestado de conventillos”¹⁵, que el cerro Barón era “un solo e inmenso conventillo” y que todos tenían la característica común de las partes altas, o sea, “surcado de calles torcidas y desviadas en los infinitos vericuetos, sin dirección fija alguna”¹⁶. Porque estas

12 EDWARDS BELLO, JOAQUÍN, *El bombardeo de Valparaíso y su época*. En: CALDERÓN, ALFONSO. *Memorial de Valparaíso*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso, 1986. Pág. 264.

13 *La Unión*. Valparaíso, 14 de enero de 1912.

14 Tugurio se define como “vivienda infrahumana, insuficiente en cuanto espacio e iluminación natural, aireación, asoleamiento; generalmente construida de materiales deleznable y/o desecho, con ausencia de tecnología, y habitada en condiciones de hacinamiento”. BODINI CRUZ-CARRERA, HUGO. *Geografía de Chile*. Tomo X, Geografía Urbana. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1985. Pág. 220.

15 *El Mercurio*. Valparaíso, 7 de abril de 1907.

16 *Idem*.

viviendas populares no se edificaban, sino que, para la opinión pública —y los pobres de la ciudad estaban excluidos de ella— se diseminaban, cual plaga que se propaga infestándolo todo, según los conceptos que se repiten en la prensa. Se forjó una representación mental, en que se tenía a la ciudad parcelada en “zonas decentes” y “zonas miserables”, miserias de habitaciones y de gentes, o como dice Subercaseaux, barrios “acomodados” y barrios “populares”¹⁷. Edwards Bello, al referirse a los cerros dice que arriba “hierve la gente maleante” y la califica de “carne de saqueo y revuelta”, mientras el “plan”, según él, pertenecía al “blanco”, gente honrada, trabajadora y católica que, como la resaca que viene del mar, empujó al criollo expulsándolo del centro, “como expulsa la ola al cuerpo muerto”. En 1906 decía que el cerro “es el socialismo vivo de Valparaíso con su larga bandera roja de tierra, de arcilla”¹⁸. Edwards Bello observa dos dimensiones de una misma ciudad, ambas a la vista, con sus figuras contrapuestas. Por su parte, Benjamín Subercaseaux habla del “abajo” y el “arriba” como el *leitmotiv* de Valparaíso¹⁹.

El porteño hacía una distinción entre el plan y el cerro, lo que quiere decir que “los grupos sociales han asignado valores simbólicos positivos o negativos con respecto al conjunto de la ciudad”²⁰, que en este caso eran dimensionamientos culturales o sociales basados más en prejuicios que en las características reales que presentaban los distintos sectores urbanos. Esto es lo que se ha llamado “marco mental”, que otorga al plan la condición de “blanco” y ciudad, y a los cerros, la condición de “oscuro” y margen. El cerro representaba un área socialmente homogénea y formada por diferentes accidentes topográficos con nombres propios, como por ejemplo, Placeres, Barón, Cordillera, que eran denominaciones que resultaban, sin embargo, adjetivas, porque las partes altas conformaban un “todo” cerro, o área “decadente” respecto de un “plan” o área “preferente”. Sin embargo, decir simplemente cerro no era lo mismo que decir “cerro Alegre”, porque a pesar de estar en altura éste era heterogéneo respecto de los demás cerros y homogéneo respecto del plan, y cuando Albert Davin se refiere a las casas y habitantes del Alegre, los asocia con el “sweet home” de los ingleses del Támesis o del Spree²¹. Los cerros criollos constituían un gran barrio identificado con el grupo humano que los habitaba, porque en el imaginario, el plan es europeo y el cerro es americano. Esta afirmación es un estereotipo, y como tal, parece inmutable, regular y permanente²², porque la imagen se estabiliza en la psiquis y se hace duradera. Imáge-

17 SUBERCASEAUX, BENJAMÍN. *Chile o una loca geografía*. Santiago, Editorial Universitaria, 1995 (1ª Edición, 1940). Pág. 118.

18 EDWARDS BELLO, JOAQUÍN, “Valparaíso ayer y hoy” (En “Crónicas. Valparaíso-Madrid, 1924”). En: CALDERÓN, ALFONSO, *Memorial de Valparaíso*. Op. Cit. Pág. 372.

19 SUBERCASEAUX, BENJAMÍN, *Chile o una loca geografía*. Op. Cit. Pág. 125

20 BODINI CRUZ-CARRERA, HUGO, *Geografía de Chile*. Tomo X. Geografía Urbana. Op. Cit. Pág. 210.

21 DAVIN, ALBERT. *Chile y Perú en tiempos de la Guerra del Pacífico*. Traducción y notas de Fernando Casanueva Valencia. Presentación de Leopoldo Castedo. Santiago, Editorial Planeta, 1992. Pág. 129.

22 Ver a DE CASTRO, CONSTANCIO. *La geografía en la vida cotidiana: de los mapas cognitivos al prejuicio regional*. Barcelona. Ediciones del Serbal. 1997. Pág. 152.

nes y estereotipos se “fijan” en la mentalidad²³ que es colectiva y que es producto, como dice Paul Veyne, no sólo del hecho “de que varios individuos piensen lo mismo”, sino que “este pensamiento, en cada uno de ellos, está, de diversas formas, marcado por el hecho de que los demás lo piensan también”²⁴. El imaginario se retroalimenta con la complicidad. Al centrar nuestra atención en una “representación mental” ingresamos al campo de la “imagen colectiva” que nos da cuenta de cómo “los actores percibieron lo que hicieron; de qué manera entendieron su mundo, y cómo esa preocupación influyó sobre sus comportamientos, ya estimulándolos, ya inhibiéndolos”²⁵, dice Sergio Ortega.

La imagen que surge de la frase “cerros de conventillos” se repite a través del tiempo, porque “en la mayoría de los casos no vemos primero para luego definir, sino definimos primero y luego miramos”²⁶. Los habitantes de Valparaíso —y de cualquier otra ciudad constituida por barrios heterogéneos— eligieron aquello que ya estaba definido para ellos en el mundo urbano porteño, y tendieron a percibir lo que ya había sido estereotipado, es decir, cerro y plan. Por lo tanto, se adoptaron los esquemas mentales que se resisten al cambio y el concepto “cerro” fue inseparable de la pobreza, y ésta de la imagen de conventillo en cuanto a que éste concepto o imagen terminó por imponerse hasta identificar a todo barrio pobre, más allá de que fueran efectivamente sectores de conventillos. El estereotipo se fabrica desde la perspectiva de la cultura en que el individuo está inmerso²⁷, es decir, es un tópico que valía tanto para el del plan o “gente de abajo”, como para el del cerro o “gente de arriba”. Y si el conventillo era asociado a la idea de epidemias, pobreza y delincuencia, todos los sectores pobres también lo eran. Por eso, aunque no sea real, el concepto conventillo es el que sintetiza las zonas “miserables” o “decadentes” de la ciudad, que el imaginario ubica en los cerros de Valparaíso.

Este imaginario se representaba también el plan, pero con sutiles diferencias entre el Puerto y el Almendral, porque a pesar de constituir éste último la mayor porción de la parte baja, era en sus extremos, también suburbio o margen, sobre todo antes del terremoto de 1906. La distinta percepción se advierte en que se habla de “plan” y de Almendral como dos realidades urbanas distintas en una época en

23 De entre las muchas definiciones de Mentalidad, nos quedamos con la formulada por Nilda Guglielmi, porque la perfila como constituida “por las ideas, opiniones, creencias, que integran el patrimonio de todos, ideas que han perdido su racionalidad, operan, actúan. Son el conjunto de ‘ideas corrientes’, de ideas operativas, que funcionan efectivamente en una sociedad, que no han sido nunca expuestas se manera expresa y sistemática”. GUGLIELMI, NILDA, *Marginalidad en la Edad Media*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 1998 (1ª Edición Eudeba, 1996). Pág. 13.

24 VEYNE, PAUL. “La historia conceptualizante”. En: En: LE GOFF, JACQUES; NORA, PIERRE. *Hacer la Historia*. Barcelona, Editorial Laia, 1985. (1ª Edición, París, 1974). Pág. 91.

25 ORTEGA NORIEGA, SERGIO, “Introducción a la Historia de las Mentalidades”. En: VV. AA. *El historiador frente a la Historia. Corrientes historiográficas actuales*. México, Universidad Autónoma de México, 1992. Pág. 89.

26 DE CASTRO, CONSTANCIO, *La geografía en la vida cotidiana: de los mapas cognitivos al prejuicio regional*. Op. Cit. Pág. 153, citando a Lippman, W. *Public Opinion*. Harcourt Brace Jovanovitch, 1922.

27 *Ibidem*, Pág. 153.

que el Almendral era caracterizado por la existencia de conventillos y por ser zona de anegamientos y barro, es decir, suciedad y desorden, aunque no era cerro ni tenía el significado de las partes altas. Las palabras “plan”, “Almendral”, “cerros” evocan cada una de ellas una realidad particular, una jerarquía en el orden urbano, un tipo de habitante, una aceptación o rechazo, un prejuicio. La frase “sector de conventillos” alude a la ciudad del “otro”, es decir, aquellos porteños que el fotógrafo norteamericano Harry Olds llama “indios” y mestizos²⁸, y que Edwards Bello designa como criollos de los cerros que siempre están al acecho para “merendarse el plan”, porque la ciudad del “otro” se supone hostil. Edwards dice que en una ocasión vio a uno de estos hombres que bajó al plan a una asonada y cayó muerto en la refriega. Lo describe así: “era un muchachón de esos que llamamos con justicia rotos, porque van hechos una compasión mostrando las carnes por cualquier parte del cuerpo; había bajado al río revuelto desde su cerro; no tenía nada que perder... Por entre los andrajos divisábase su carne oscura con verdaderas costras de mugre seca, mugre antigua, el sudor amasado con caspa desde que nació; su boca estaba abierta mostrando todo el cinismo interior; era la última cara que guardaba el roto para el banquillo... Desde su cabeza colgaba una cosa viscosa y blanca con vetas rojizas; era el cerebro, era lo que había pensado, la parte humana que había hecho sonreír a este desgraciado... Quizá si hasta amó alguna vez...”²⁹. El literato no dice si el infortunado vivía en un conventillo, rancho o tugurio, pero eso no importa, porque el imaginario situaba allí a la “gente mala”, como él mismo dice.

4. Imagen popular del conventillo

El concepto de conventillo deriva del convento religioso, en cuanto *conventus* significa congregación, reunión. Por abandono, los conventos terminaban siendo el albergue de los pobres, que los ocupaban colectivamente a manera de vivienda social³⁰. La noción conventillo ocupa, por lo tanto, un lugar en el imaginario porteño como la representación mental de un tipo de vivienda colectiva que existió en el pasado, identificada con los grupos sociales más pobres, con la estrechez del espacio y el hacinamiento de personas. Es la descripción física del “conventillo” que, obviamente, no quiere decir “convento pequeño”, como lo dice el Diccionario, ni podría ser identificado con la vida religiosa. Por otra parte, el concepto representa también un “modo de vida”, porque al pronunciar la palabra “conventillo” la asociamos mentalmente a las habladurías sobre terceros y que llamamos “conventilleo” en lenguaje popular, cuyo origen está en que la vida privada quedaba expuesta y a merced del comentario del resto de los co-habitadores³¹. En cierto modo tiene su

28 OLDS GRANT, HARRY, *Valparaíso 1900. Fotografías*. Edición de José Luis Granese Philipps. Santiago, Universidad Diego Portales, Fundación Andes, Sudamericana de Vapores, 1998.

29 EDWARDS BELLO, JOAQUÍN. “Valparaíso ayer y hoy” (En: “Crónicas. Valparaíso-Madrid, 1924”). En: CALDERÓN, ALFONSO, *Memorial de Valparaíso*. Op. Cit. Pág. 377.

30 Artículo de MIGUEL LABORDE, “Santiago como conventillo”, *El Mercurio de Santiago*, Domingo 7 de octubre del 2001, C12.

31 Baldomero Lillo, en uno de sus “Relatos Populares” editados por *El Mercurio de Santiago* en las primeras décadas del siglo XX, publica uno llamado “Las Niñas”, que tiene lugar en un conventillo. Expone cómo las arrendatarias mujeres están ansiosas por saber la edad exacta y el pasado de las dos

paralelo en la frase “pueblo chico, infierno grande”, precisamente porque todos se conocen. Entonces, además del ámbito físico del conventillo, se alude también al tipo de vida o “vida de conventillo”.

Desde otro punto de vista, el concepto está lleno de contenido negativo en lo social y moral: insalubridad, vicios, delincuencia y perversión. Hoy, el concepto conventillo se ha extendido también al cité, absorbiéndolo como sinónimo, aunque originalmente no eran lo mismo, en cuanto que el segundo era una versión mejorada y más moderna que el primero. En la actualidad, lo que la gente llama conventillos no son sino cités modernos e higiénicos. Pero la imagen ha sobrevivido al tiempo, y la opinión generalizada es que en la ciudad “aún quedan conventillos”, dicho con cierta morbosidad, porque se sabe que eso significa suciedad, pobreza, violencia y promiscuidad, aunque en ocasiones se reconoce también que el concepto encierra relaciones de solidaridad entre los vecinos. A nadie le resulta indiferente el concepto, porque genera cierta curiosidad —a veces, como decíamos, morbosa—, y el imaginario une la tipología de vivienda a sus características culturales y sociales. Por eso, la palabra conventillo dibuja mentalmente un cuadro que representa una vivienda, olores, colores, ropa tendida, mujeres ocupadas en algo, numerosos niños jugueteando, miseria, violencia en el lenguaje, y antro o tugurio que se supone peligroso para el foráneo.

El mismo “carácter” de conventillo, tan definitorio como sus rasgos físicos, constituye un estereotipo donde la sociedad resumió todo lo negativo que había en ella, comparándolo a veces con el infierno en la tierra. Es decir, era lo opuesto a la noción de casa privada. Manuel Rojas, quien pasó una temporada viviendo en un conventillo de cerro en Valparaíso, luego de su salida de la cárcel porteña, dice a través de su personaje Aniceto Hevia: “Muy poca gente sabe la diferencia que existe entre un individuo criado en un hogar donde hay limpieza, un poco de orden y ciertos principios morales... y otro que, o ha tenido lo que se llama hogar, una casa aparte o unas piezas en ellas y no un cuarto de conventillo en que se hacían el padre con la madre, los hijos y el yerno, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de cualquiera otra índole; el padre llega casi todos los días borracho, grita, escandaliza, pega a la mujer, a los niños y a veces al tío, al yerno o al allegado”³².

No obstante, cierta áurea tenían los conventillos. Estaban llenos de vida, no eran anónimos y eran reconocidos por sus nombres. Se diferenciaban de otros edificios porque tenían un olor particular que era la suma de todos los olores, de ellos “surgían tufaradas de humedad, ráfagas de aire pegajoso, tibio, como muchas respi-

señoras ya ancianas recién llegadas al conventillo. El literato describe así el ambiente: *Por las tardes, terminados sus quehaceres, las locatarias del conventillo salían a las puertas de sus viviendas y entablaban entre sí diálogos para comentar las noticias del día. Después de discutir el último chisme o escándalo que circulaba en el pueblo, la conversación recaía invariablemente en las encajeras [las “niñas”]. Jamás asunto alguno les había interesado tanto, y la extraña conducta de las hermanas, cuyo móvil trataban inútilmente de descubrir, les daba asidero para las más fantásticas suposiciones.* Agrega el narrador que el aislamiento de las hermanas era incomprensible para las mujeres del conventillo porque venía a romper esa tradición de igualdad que la vida en común impone del conventillo impone a todos sus ocupantes. LILLO, BALDOMERO. “Las Niñas”. en: *Obras Completas*. Santiago, Editorial Nascimento, 1968. Pág. 336.

32. ROJAS, MANUEL. *Hijo de Ladrón*. Santiago, Zig-Zag, Colección Viento Joven, 1998. Pág. 140

raiones exhaladas a un mismo tiempo...”³³. Podía reunir todos los defectos, pero para el morador debió ser una conquista: un cuarto, un techo y una colectividad vecinal por compañía que, con mucho, superaba el primitivo y débil rancho colgado de la ladera. Desprendemos de la documentación que el poblador lo sintió como propio, a pesar de los juicios negativos, y a pesar también de sus propias miserias. Se connaturalizó con ellos y se hizo impermeable y hasta creyó que para él no había otro lugar mejor. Esto último se puede deducir, en parte, por la resistencia a abandonar el cuarto aún cuando las aguas o el terremoto de 1906 y su incendio hayan causado estragos en el conventillo. Mejor se estaba en el hogar que en las carpas espontáneas instaladas de manera provisoria en la Plaza y en la Avenida Brasil.

Y aunque no era su propiedad, era su morada, y tal como el vecino solvente, orgulloso de su casa cómoda y señorial le da el nombre de “villa”, el habitante de conventillo reconocía en el suyo una personalidad forjada en su fama de “ciudadela”, incluso llamado con nombre propio, como un “alias”, tal como los apodos de sus inquilinos. No era necesario el número de la casa o el nombre de la calle para identificarlo, bastaba decir “El Cabo de Hornos”, famoso por su hacinamiento y por los delincuentes que allí se refugiaban, igual que “La Troya”, el “Billa”, o “La Unión”. Otros tenían nombres curiosos como “El 14 Puertas”, “La Parafina”, “La Compañía”, o la “Recova Vieja”, este último en el cerro Cordillera, o nombres de país lejano como el “Liguria”, tal vez bautizado así por una añoranza por su propietario Oreste Cingarotti y situado en calle Chacabuco³⁴. Había nombres como El “Americano”, que estaba en calle del Hospital N° 267³⁵ del cerro Alegre, el “Cité Faveró” en el plan, mientras que en el cerro Barón se encontraba el “Gran Conventillo Bentancourt”³⁶, o conventillos con nombres de árboles frutales, como “El Peral” en la calle de Santo Domingo³⁷, o “La Higuera”³⁸, en el cerro de la Cruz.

Personas que durante su infancia vivieron en conventillos de Valparaíso, en el plan y en los cerros, a pesar de describir pormenorizadamente la estrechez, la existencia de un único excusado para numerosa población y de una sola llave del agua con su escaso líquido, al recordar aquellos años destacan los aspectos positivos, sobre todo el sentido comunitario y la solidaridad. Se valora que nadie estaba completamente solo, que nunca se abandonaba a un enfermo ni a un anciano, que los cumpleaños, matrimonios y bautizos se celebraban en el patio del conventillo, que el 18 de septiembre y el Año Nuevo eran fiestas de la vecindad antes que familiar o de la ciudad, y a nadie le faltaba algo que comer, porque el egoísmo no era posible en esa situación. Se recuerda con cierta nostalgia la vida en colectivo, don-

33 ROJAS, MANUEL. *Launchas en la bahía*. Santiago. Editorial Zig-Zag. 1960. Pág.32.

34 La Unión. Valparaíso. 14 de enero de 1911.

35 AMV. Vol. 89. Consejo Departamental de Higiene. N° 32, 30 de diciembre de 1898.

36 La Unión decía que vivían allí al menos 500 adultos y 300 niños. La Unión. Valparaíso. 7 de febrero de 1925.

37 AMV. Vol. 109. Inspección de Servicios Municipales. N° 317. 14 de abril de 1905.

38 Archivo Judicial de Valparaíso (AJV). Archivo Nacional. 2do. Juzgado del Crimen. Legajo N° 470. 12 de agosto de 1900.

de cada morador pasaba a ser “un personaje” dentro de la cotidianeidad, donde todos conocían el horario y las costumbres de cada uno, y los niños ponían sobrenombres a los vecinos, cuando se hablaba de “mi” conventillo, con un sentido de pertenencia, de hogar común y de familia grande, tal como suelen recordarse las casas de antaño.

5. Percepción periodística

Menos personal y más peyorativa era la imagen que los observadores externos tenían de los conventillos. No había diferencia entre autoridades nacionales y municipales, la prensa, los vecinos pudientes, o las organizaciones de higiene y salud, al pronunciar o escribir “conventillo”, palabra acompañada siempre del adjetivo calificativo insalubre. “Cuevas” los llamaba El Mercurio (Valparaíso, 24 de enero de 1887); “Inmundo Rancho” decía La Defensa Obrera (Valparaíso, 20 de diciembre de 1913); “Verdaderas cuevas de repelente aspecto” se lee en La Patria. (Valparaíso, 25 de agosto de 1886); “Tumbas del proletariado” (La Unión. Valparaíso, 20 de agosto de 1893); “Pocilgas calculadas para matar a los que las habitan” (La Unión. Valparaíso, 20 de agosto de 1893); “Mortíferas cavernas llamadas conventillos” (La Estrella del Progreso. Valparaíso, 1º de octubre de 1876); “Tugurios infectos y repugnantes” (La Unión. Valparaíso, 25 de marzo de 1911); “Pocilga inmunda llamada conventillo” (La Unión. Valparaíso, 16 de enero de 1912); “Son un chiquero, inferior en calidad a los destinados a mantener rebaños y ganados” (El Mercurio. Valparaíso, 8 de enero de 1887); “Sepulturas” (El Mercurio. Valparaíso, 24 de enero de 1887); “Ratoneras” (El Chileno. Valparaíso, 22 de abril de 1914); “El idioma castellano, tan rico en palabras, no las tiene suficientemente propias para describir con mediana decencia semejante pocilga” (El Mercurio. Valparaíso, 18 de marzo de 1909). La prensa era implacable y su visión negativa queda reflejada en los calificativos usados que ilustran muy bien la miseria de la construcción, los cuartos y el estado lamentable en que vivían sus habitantes. Los historiadores han recogido idéntica imagen citando impresiones de la época: “Hervideros de mugre, antros de corrupción, escuelas de crímenes, mataderos humanos”. (Barahona, A. *Habitaciones para obreros*. En: Ugarte Yávar, Juan de D. *Valparaíso 1536-1910*. Recopilación histórica, comercial y social); “Focos de infección, de muerte, de vicio, almacenes de depósito para proveer de víctimas a las cárceles y a los hospitales” (Editorial de El Ferrocarril. 14 de agosto de 1872. En: Grez Toso, Sergio. *La “Cuestión Social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*); “Indecentes pocilgas populares” (Revista de la Habitación, Año I, N° 9, julio de 1921).

6. La visión de la autoridad: conventillo insalubre

Los conventillos se concebían como una amenaza física y social por su estado insalubre y por ser vistos como lugar de inmoralidades. En cuanto su significación como “problema”, se pueden distinguir etapas. Una primera fase es la que finaliza con la dictación de la Ordenanza de la Municipalidad de Valparaíso sobre Higiene de Conventillos de 1892. El proceso de formulación de esta normativa se inició cuando estas viviendas llamaron la atención a propósito de las pestes que